

CUENTO DE INVIERNO

Ramón Griffero es garantía de innovación, originalidad, espectáculo y alboroto en nuestro medio más somnoliento que cauto. Estuvo luminoso en *El deseo de toda ciudadana* y en *Arlequín, servidor de dos patronos*. Que con esos pergaminos ahora se le animara a Shakespeare no era una empresa desproporcionada, y así lo entendió el público santiaguino que llenó la sala Camilo Henríquez, bullente y cosquilloso, para disfrutar de este duelo de titanes.

El pretexto fue *Cuento de invierno*, una obra de reflexivo sarcasmo que el tío Willy pulsó poco antes de su último telón. El rey Leontes, turbado por su imaginación, presume que su esposa Hermione lo engaña con el amigo Polixenes, de oficio rey de Bohemia. Sin demasiadas cavilaciones le ordena a su fiel consejero Camilo que envenene al supuesto rival. Pero Camilo no es un Yago que le eche bencina al incen-

Perdita, será recogida por pastores, y dieciséis años después habrá un festival de anagnórisis, es decir de reencuentro, perdón, puesta en claro y cenas de perdices. Aparentemente el anciano Shakespeare se despide de sus fans con un gesto bucólico confiado en las fuerzas benignas de la naturaleza y en el poder sedante del tiempo.

RECONCILIADOS Y RENOVADOS

A esta interpretación se adscribe Griffero sin remilgos, y los espectadores chilenos se guñarán ojos y orejas cuando asistan a esta auténtica orgía de personajes traicionados, encarcelados injustamente, catapultados al exilio, y cuando vean que dieciséis años más tarde (juro que no fabrico esta coincidencia *ad hoc* y que en la misma obra de Shakespeare se establece) los bandos en pugna se abracen, celebren alianzas, se casen, se autocritiquen y en ciertos casos se renueven. Cualquier semejanza con la realidad etcétera. Por cierto que el jugo de este limón da para mucho más que este estruje, pero el público chileno se divertirá forzando esta sátira *avant-la-lettre*.

La puesta en escena de Griffero tiene encanto, pero carece de energía. Subraya la oralidad del "cuento" tras una coreografía compuesta, estática, hierática, con posmodernistas alusiones a las bambalinas y túnicas de filmes hollywoodenses tipo *Sinuhé, el egipcio*, de Curtiz, pero mitiga con esta rigidez la trama sensual y pasional de *Cuentos de invierno* y relega tras el espectáculo la riqueza reflexiva del texto. Falta el temporal en la taza de leche.

El Teatro Itinerante se esforzó con gracia y

disciplina para ponerse a la altura de la imaginación de Griffero y de un texto de Shakespeare que no le convenía. Si los personajes se cuecen en celos, dolor y otras pasiones, y no dan salida gestual a estos sentimientos, la expresividad queda arrinconada en lo oral, y el verbo debiera exhibir todos los quilates del gran autor dramático. Y es aquí donde este corajudo grupo se estrella contra una muralla: desde la respiración a la

FLASH CULTURAL

dicción, pasando por el fraseo de reflexiones y sentimientos, salvo un par de excepciones, los actores no están a punto técnicamente para la hazaña.

De allí que los mejores momentos sean aquellos de predominio coreográfico. Por ejemplo, la genial danza de los incógnitos en la casa de los pastores, o el despliegue de baratijas y trucos del pillo Autylicus. Ahí todo juega a favor de Griffero para que brille su talento. El resto del tiempo puso su turbulenta imaginación a dieta, y se reservó tras el amor a las bellas apariencias que traban el vigor de *Cuento de invierno*.

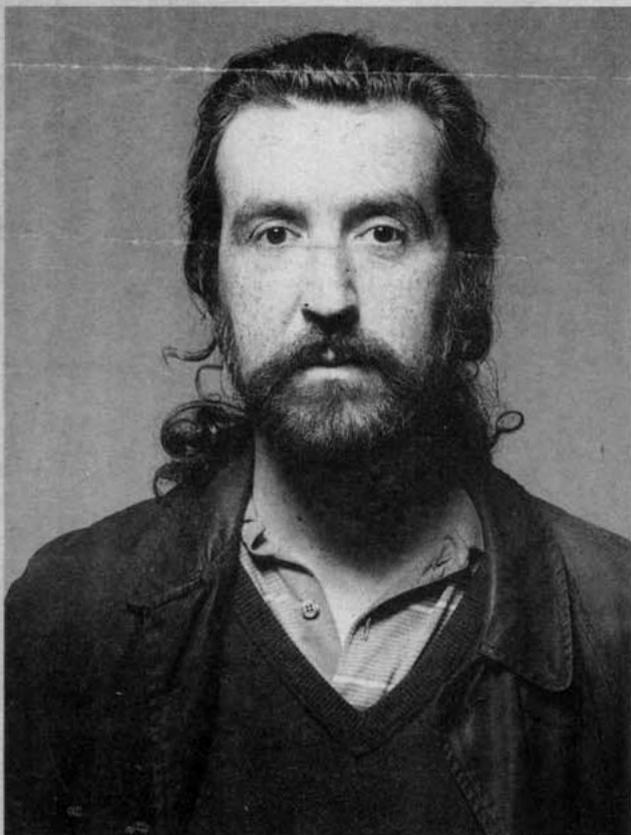
SENTADO EN LA CUNETETA

Claudio Bertoni es un poeta tan marginal que construye sus castillos en el aire en el principado de Concón. Su retirada es una aventura de décadas que comenzó cuando en los 60 se unió a la Tribu No de poesía, cuyo programa era el erotismo, la quiebra de tabúes y la poética del jadeo, todo esto relleno con estocadas místicas y alpargatas hippies. Cecilia Vicuña fue una de las santas, y si no recuerdo mal llamó a su novio Bertoni, en uno de sus textos, "Lucky Afortunato".

Lucky Afortunato acaba de incurrir en un libro de poesía cuyo título ya es un programa de modestia, de infrarrealismo, de cercanía, de serena desfachatez: *Sentado en la cuneta* (Ediciones Carlos Porter). Son apenas sesenta páginas por las cuales resbala de un envión un solo largo poema inspirado en la canción *¿Qué será será?*, de Doris Day, donde se le pasa revista, procaz y bastardamente tierna, a todo el repertorio de chiquillas del barrio, desde los calzones de franela hasta las motonetas Vespa de los galanes.

Las fechorías eróticas ocurren alrededor de las calles Román Díaz y Cirujano Videla, los lolos sacan bíceps a la Brando en *Un tranvía llamado deseo* y cantan en la esquina los hits de Neil Sedaka en inglés fonético. ¿Muestra de botón? *Oh, Carol, Alam bate fú, Dati Forllutti, Tira rí rari...* El poeta no tiene otra cosa en el alma que la turbulencia erótica e insaciable de la adolescencia, y es sumamente divertido ver a este Henry Miller santiaguino, vertiginosamente celebratorio de lo concreto, de su barrio y de esos amores fugaces que sólo en la literatura son para toda la vida.

Un libro deslenguado, dulce, auténtico, con la magia primitiva de un poeta que quizás ama un poco más la vida que la literatura. ■



Claudio Bertoni —o Lucky Afortunato o el Henry Miller santiaguino— acaba de publicar un libro de poesía cuyo título, *Sentado en la cuneta*, ya es un programa de modestia, de infrarrealismo, de cercanía, de desfachatez.

dio de los celos. Por el contrario, atina a quebrar el principio de la obediencia debida, previene a su víctima y ambos huyen hacia Bohemia.

El suspicaz Leontes no ve en esta traición y fuga sino nuevos ingredientes para insistir en el mismo rollo. Así, encarcela a su mujer, y a su recién nacida hija la titula *ipso facto* de bastarda y la manda en su cuna a un exilio tan precoz cual incierto. La niña,